Agosto. 1895. Núm. 8.

LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

(Segunda época de EL CRITERIO ESPIRITISTA)

AÑO XXVI DE SU PUBLICACIÓN

ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE SU NOMBRE

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLOGICOS

SUMARIO

LA ESTATUA DE JESUS

Esta Revista es órgano de una Sociedad cristiana y tiene, por consecuencia, que acoger favorablemente cuanto tienda á levantar el concepto de Jesús, á humanizarlo, á extender su doctrina moral en el corazón de las gentes. Por esto recibimos bien la idea de D. Nemesio Uranga, poeta cristiano que tiene en la mente la lengua de fuego de los apóstoles y en el corazón los sentimientos románticos de un cristianismo que sería muy hermoso si estuviese fundado en los grandes cimientos de la naturaleza humana.

Con esto creemos haber interpretado bien los Estatutos de la Fraternidad Universal.

Si este periódico fuese órgano de una Sociedad cervantista no rechazaría el homenaje dedicado al autor de *El Quijote*. Es órgano de una Sociedad cristiana: se alegra de que levanten estatuas á Cristo.

Ahora, que esto no ha gustado á todos los espiritistas, porque unos creen firmemente en el hijo del carpintero, otros le dan filiación india, otros egipcia, quién le adora como semidios mezclando la nueva idea con los errores antiguos, quién, fundándose en eruditísimos estudios astronómicos, le juzga un mero símbolo del mito solar; y he aquí que todos dan su opinión, removiendo la polémica que iniciamos en las sesiones de la Asamblea constituyente en previsión de las escisiones que más tarde pudieran perturbar la marcha sosegada del Espiritismo. Vengan opinio-

nes, que todas hallarán buen acogimiento en este periódico, inspirado en la suave tolerancia honra del siglo XIX. A continuación insertamos las muy autorizadas que nos han remitido hasta hoy nuestros correligionarios, y si la salud del cuerpo y del alma nos diera lugar también uniríamos la nuestra al concierto de las demás, tratando ampliamente el tema que este punto suscita, pues aquí surge el problema de si la sociedad futura ha de ser cristiana ó humana.

Concretándonos al objeto presente, hemos de advertir que va envuelta en la proposición del Sr. Uranga una medida previa, ligada con la política. ¿Darán los poderes autorización para sacar del templo á Jesús y llevarlo á la plaza pública en compañía de nuestros artistas y nuestros soldados? No. Entonces huelga lo demás, á no ser que se trate de una proposición meramente especulativa.

BENIGNO PALLOL.

«LA PAZ» Y «EL SACRIFICIO», DE ALCOY

AL CONSEJO DIRECTIVO DE «LA FRATERNIDAD UNIVERSAL»

En la Revista LA FRATERNIDAD UNIVERSAL correspondiente al mes de Julio último, y con el epígrafe que encabeza estas líneas (1), hemos leído un bien escrito artículo que transcribe la misma de *El Buen Sentido;* y como quiera que al Consejo Directivo de la Sociedad somete, en primer término, el periódico de Lérida la idea de que aquella Revista, como los demás periódicos espiritistas, abran en sus columnas una suscripción para levantar á Jesús una estatua al aire libre, al Consejo Directivo nos dirigimos hoy en primer lugar, para que antes de aprobar ó no el mismo esa suscripción, y aunque por todos los espiritistas de España se acceda después á ella, se sirvan unos y otros oir previamente nuestras modestas observaciones.

Preguntamos, pues:

1.° ¿Es la estatua de Jesús, ó es la virtud, el ejemplo y la predicación constante de su moral sublime, lo que el *laicismo* debe llevar á la plaza pública?

2.° ¿Son las estatuas las que regeneran á los individuos, á los pueblos y á las naciones?

3.° Si con las estatuas se trata de perpetuar la memoria, los hechos gloriosos del héroe para que el mundo imite su conducta, ¿no habla en nuestro caso al corazón con más elocuencia que ellas, la sencilla y sentida exposición de los *Evangelios* que relatan la *historia* fiel del Gran Martir?

4.° Si el propio Jesús, simbólico para unos ó carnal para otros, anunció ya á la Samaritana que era llegado el tiempo de adorar al Padre *en espíritu y en verdad*, ¿á qué arrebatar hoy nosotros ídolos de barro á una institución que se va, y que se va sin remisión con su culto externo y sus imágenes?

5.° Si para el Padre proscribió estos ídolos el Hijo del hombre, ¿los consagrará él para sí?

6.° Cierto, que la representación artística y simbólica, jamás estuvo ni en modo alguno, como factor principal de la Estética, podrá ser proscrita, ¿pero de la representación de las imágenes religiosas al culto que ellas engendran para el vulgo no ilustrado hay mucha distancia?

---

(1) «La estatua de Jesús.»

7.° ¿No es el altar del hombre libre su conciencia, su templo la Naturaleza, su ideal la humanidad y su último fin Dios?

8.° ¿Sabe además *El Buen Sentido* si la inmensa mayoría de los libre-pensadores y no pocos espiritistas, creen ó no en la existencia real ó histórica de Jesús?

Abandonamos los comentarios que se desprenden de las precedentes interrogaciones al ilustrado criterio del Consejo Directivo y periódicos espiritistas á quienes van encaminadas, y crean nuestros estimados hermanos, el exímio director de *El Buen Sentido* y el distinguido iniciador del pensamiento que nos ocupa, D. Nemesio Uranga, que de accederse por aquel Consejo ó por la mayoría de los espiritistas de España á la erección de la estatua que se proyecta, no han de ser por cierto los que suscriben los últimos en contribuir con su modesto óbolo á la inauguración oficial de la misma, pero mientras tanto es justo se nos deje cumplir con un deber, emitiendo nuestra humildísima opinión.

Por el Centro «La Paz,» Delegación núm. 8, el Presidente, *Francisco Abad*.—Por el Centro «El Sacrificio,» Delegación núm. 9, el Presidente, *Lázaro Mascarell*.

Alcoy, Agosto 1893.

*
* *

La «Sociedad de Estudios Psicológicos» de Zaragoza.

Entre otras cosas nos dice su digno Presidente:

«Cuando la crítica histórica, depurando los hechos, se pronuncia por la no existencia del Jesús histórico, las avanzadas del progreso, los que nos preciamos de sacrificarlo todo por la verdad, ¿íbamos á caer en la aberración de levantar una estatua á un mito? Enhorabuena que la mitología se conserve en las hornacinas de los templos, porque no podrían los mitos sostener la realidad de la luz, representada en el sol. Dejemos á las religiones que conserven sus mitos como sostén y filón de sus explotaciones; nuestra misión es combatir la ignorancia para evitar que sea explotada. Los ídolos y los mitos serán destruídos al derrumbarse los templos.

Y qué, ¿acaso se pretende que los que hoy adoran á Jesús en el templo como á Dios, le adoren en la plaza como hombre? Quien tal cree se encuentra en un lamentable error; no ha vivido como yo en pueblos rurales, donde ya en pintura, ya en escultura se encuentra en las esquinas y en muchas fachadas de casas particulares, en donde los sencillos católicos le veneran descubriéndose al pasar. ¿No es de presumir que sucediera otro tanto con la estatua? Y... ¿creen ustedes que consentirían hoy los católicos tal secularización? Y aunque tras mucho batallar se consiguiera alzar una estatua de Jesús hombre en la plaza pública, ¿dónde se había de erigir? ¿En Madrid? ¿En Barcelona?... Yo creo que venerándose á Jesús como Dios en todos los pueblos y aldeas, en todo pueblo que tenga un templo donde se le adore debía alzarse una estátua. Y caso de elevarse una sola, esta debía ser en la cabeza de la cristiandad: en Roma. ¿Es posible que pudiera alzarse en todas las municipalidades de España, ya que no se diga del mundo cristiano? Seguramente que no. ¿Vale la pena de que se haga un sacrificio para colocarla donde ni la millonésima parte de los cristianos la podría contemplar?

Y si por gratitud nos creyéramos obligados á la apotéosis (digo mal, la apotéosis ya está hecha por desgracia), á la sublimación de quien puso su granito de arena en la montaña del progreso; con igual razon que á Jesús habría que levantar estatuas (y tal vez con más justicia) á Manú, á Confucio, á Zoroastro, á Sakiamuni y aun á Mahoma, fundadores de religiones y coredentores con Jesús de la humanidad de la tierra.

La leyenda de Jesús el Cristo es la del Jesús Cristna, exornada en Occidente, y una y otra son míticas; ¿qué valor podemos dar á esto los espiritistas?

FABIÁN PALASÍ.»

*
* *

El Presidente de la Asamblea.

Sr. Director y distinguido h.·.: Los buenos hermanos de Lérida intentan sacar las estatuas de «El Cristo» de los templos á las plazas. Me parece muy oportuno pensamiento y puede contar con mi humilde concurso.

Desearía, sin embargo, y conmigo muchos espiritistas, que se procurase representar al Cristo *interno* y *externo*, al Cristo de los Gnosticos y de San Pablo. Sobre ser idea más elevada, quizás es tambien la única real.

Y por si alguno pudiera retraerse ante consideraciones semejantes, ruego á usted publique estas líneas.

Siempre suyo, *Huelbes Temprado*, Presidente de la Asamblea.

Á LOS QUE DERROCHAN SU CAPITAL

En el número correspondiente al mes de Julio del corriente año, ha publicado La Fraternidad un notable artículo firmado por Tedilma.

Bajo este pseudónimo, se reconoce fácilmente á un profundo pensador espiritista, eminente filósofo que desde hace tiempo se ocupa con especial predilección de las cuestiones palpitantes que se relacionan con las ciencias sociológicas.

Los lectores de La Fraternidad conocen varios interesantes artículos del mismo autor, encaminados á la organización y federación de las sociedades espiritistas, que con carácter científico, recreativo y benéfico, procuran instruirse y perfeccionarse, descuidando la altísima misión regenadora que al Espiritismo le está encomendada: remover y orillar todos los obstáculos que sistemáticamente se oponen á la emancipación política, social y religiosa de las clases oprimidas, para redimirlas por el trabajo y la práctica del bien.

El artículo á que nos referimos, es un magnífico bosquejo de las ideas valientemente sustentadas y de los propósitos que en lontananza se dibujan, entreabriéndonos más prósperos y más puros horizontes.

Con rigorosas tintas están señalados los errores tradicionales del pensamiento que durante tanto tiempo han engreido las conciencias y amortiguado los estímulos de la actividad humana. La decadencia de los poderes autoritarios y absorbentes, debilitados por egoistas rivalidades y livianas pasiones. La democracia individualista, vencedora de los poderes autoritarios y reaccionando en sentido contrario, exagera y diviniza los derechos autonómicos hasta desquiciar los resortes del vetusto artificio social. Produce en nuestros dias una doble reacción de excepticismo y de anarquismo en todos los órdenes sociales que solivianta las masas explotadas, y renegando de todo lo divino y de todo lo humano, se precipitan desesperados en el nihilismo aterrador.

En estas circunstancias, el órden político fluctúa entre dos abismos:

de una parte el despotismo vilipendiado; de otra, el anarquismo desolador. En el centro se agitan avarientamente las oligarquías mesocráticas.

El sentimiento religioso huye de las conciencias, y sus purísimos efluvios, viciados por la sevicia y el fanatismo, se desvanecen como los fúnebres cánticos bajo las bóvedas sombrias de los templos.

El individualismo mesocrático prepotente y el socialismo multiforme aherreojado, se disputan la solución de los gravísimos problemas sociales; pero, como presiente con fundamento nuestro querido hermano Tedilma, el capital triunfará del trabajo, si los que trabajan sin capital no cooperan unida y mancomunadamente para fortalecerse y convertirse en poderosos capitalistas, antes que, cubiertos de oprobio y corroidos de miseria, sucumban, cediendo á la flaqueza y maldiciendo su destino.

Ante esta terrible perspectiva, Tedilma exclama: «Es pues cierto por todo extremo, que el sentido de la vida moderna es eminentemente económico»... Y más adelante: «Es para nosotros axiomático que el trabajo sin capital es esclavo; por tanto, debe conquistar su libertad haciéndose capitalista, y para ello tiene á su alcance el medio de conseguirlo: utilizar la asociación, multiplicadora de su fuerza.»

Efectivamente, la vida moderna más que en pasados tiempos, está sugeta á tremendas oscilaciones y á contingencias calamitosas, ocasionadas principalmente por los exorbitantes y crecientes medios de producción y destrucción, acumulados por los sórdidos empresarios del poder y de la riqueza, que monopolizan y multiplican las fuerzas inagotables de la naturaleza, para satisfacer sus insaciables apetitos.

Para contrarrestar la acción avasalladora de las empresas avarientas y de las Corporaciones parásitas, está la asociación legítima, lícita y libremente desarrollada, donde cada asociado sea parte integrante de un organismo sabio y ordenadamente organizado.

En las sociedades humanas la vida de los organismos se ajusta y condiciona á una acción reparadora y remuneradora de las energías vitales consumidas en el trabajo; que mantiene y fomenta la vida y favorece la acumulación, para constituir un capital de reserva que multiplica y propaga indefinidamente nuevas energías y sucesivas producciones. Por eso, siendo el capital la suma de bienes acumulados por el trabajo destinados á la producción de la riqueza, es indudable que el dinero, la propiedad, la inteligencia y toda clase de bienes materiales, científicos, artísticos, morales, etc., constituyen el ahorro; luégo para todos los fines legítimos de la humanidad es conveniente y utilísima la asociación ordenada y armónica del trabajo, que multiplica su fuerza productora.

De estas sencillas cuanto sublimes verdades se fundan las prosperidades, el progreso y la dicha de la familia humana, cuyos ideales humanitarios tienden indefinidamente á la fraternidad universal. Véase cómo la regeneración económica, así como todas las difíciles y complejas cuestio-

nes sociales, pueden resolverse satisfactoriamente, aplicando el criterio racional de la filosofía espiritista.

Sin embargo, sabemos muy bien que, dada la manera de ser y de estar en que los espíritus terrenos cumplen sus misiones expiatorias y meritorias, ha de ser lenta y laboriosa su regeneración, pero al fin asequible y desde luego beneficiosa para el Espiritismo; insuperable para los sectarios de escuelas exclusivistas, y desastrosamente imposible para los excepticos y ateos, que cifran todas sus aspiraciones en los goces materiales de esta vida transitoria. Comprendiendo esto, el filósolo humanitario que nos facilita y promete tan hermosas y concluyentes soluciones teóricas, solicita la cooperación indispensable de la prensa y de los escritores espiritistas para dilucidar y resolver, asociados y de común acuerdo, los procedimientos más apropiados y conducentes á la emancipación del trabajo; necesidad más apremiante, sin duda alguna, que la regeneración política y religiosa ya comenzadas.

La prensa y los escritores espiritistas tienen el deber de auxiliar á esta empresa eminentemente humanitaria, estimulando á los fuertes, alentando á los débiles y mostrando á todas las excelencias de la asociación para conquistar la emancipación del trabajo y libre ejercicio de nuestras facultades y especiales aptitudes.

Con el concurso de todos podremos dar forma á tan grandioso pensamiento, seguros de que en la posteridad contemplaremos desde regiones más puras y serenas, los magníficos resultados de nuestra modesta obra, si con acierto y persistencia logramos realizarla, alentados por el entusiasta iniciador de esta idea redentora.

Este por su parte debe despojarse del pseudónimo, y con la visera levantada y ánimo valeroso conduzca á la victoria «á los que trabajan sin capital, para ceñir los laureles del conquistador ó la corona de los valientes que sucumben en campaña.

Ahora bien, los juicios que cada uno exponga, no serán más que el reflejo de las ideas que cada cual siente, conoce y ama; por consiguiente, en este caso concreto, la noción económica que aisladamente podemos conocer, será expresión fiel de la verdad que sentimos y que amamos; pero al contemplar la verdad á que aspiramos, se nos muestra á través de los variantes prismas del pensamiento, presentándonos en variados matices, nuevas formas y más perfectas idealidades, que corrigen los errores, rectifican los conceptos y purifican y elevan la razón á más elevadas concepciones. Por eso se ha dicho que del choque de las ideas brota la luz de la verdad, y por esta razón también, los que como yo, se encuentran escasos de ideas y ávidos de luz, debemos terciar en este palenque, para que sobre nuestras vulgares opiniones, resalte la verdad sencilla y esplendorosa, preparando así, á las inteligencias incultas, á contemplar sin ofuscación los brillantes fulgores de la filosofía trascendental.

Por mi parte, expondré sencillamente el resultado de mis investiga-

ciones en los campos desolados de los filósofos socialistas y economistas, sembrados de hermosas verdades que sujetan lánguidamente entre algunos agestados vergeles de utopias, errores y logomaquias de las especies sensualistas, ingertas en aberraciones panteistas y materialistas.

Concretándome ahora á la cuestión propuesta sobre el trabajo sin capital, encuentro: que la ciencia que estudia la producción, distribución y consumo de la riqueza, admite tres elementos indispensables; inteligencia, capital y trabajo. El sentido moral es un elemento secundario sometido á las prescripciones del derecho positivo. Sin embargo, yo humilde espiritista, creo por el contrario, que las inteligencias pervertidas, los capitales deprimentes y el trabajo envilecido, no pueden producir la suma de bienes morales y materiales que constituyen la fuerza reproductora del capital.

Debe tenerse en cuenta que la inteligencia, el capital y el trabajo son tres factores inherentes á la naturaleza humana y ninguno de ellos puede existir sin la constante y recíproca influencia de unos sobre otros y de todos entre sí.

Contrayéndonos á la actividad íntima de ser pensante, en actitud de ejercitar sus facultades, vemos que la misma facultad de pensar, supone suma de conocimientos adquiridos por trabajos y estudios anteriores, y como las facultades son esencialmente activas, la riqueza intelectual aumenta indefinidamente y constantemente se encuentra aplicada á la producción, que es el objeto y fin del capital.

Para producir este capital intelectual, es preciso que la actividad individual se manifieste á la vida de relación, se asocie á otros individuos y utilice los medios exteriores que se conforman con la naturaleza humana para todos los fines de la vida; de aquí la imprescindible necesidad de las asociaciones que han de satisfacer todas las necesidades físicas y espirituales.

Empero, toda asociación debe constituirse y fomentarse por actos morales libérrimos de la conciencia; si los actos son abusivos, los medios restringidos y los fines egoistas, las consecuencias serán ilícitas é inmorales, sujetas á sanción penal.

De esto se deduce que todos los hombres poseemos un capital propio de inteligencia, de moralidad y de aptitudes para el trabajo; podemos utilizar también los dones gratuítos é inagotables que nos ofrece la naturaleza, y contamos también con los medios, facilidades y garantías del Estado, producto de los capitales que constituyen la riqueza nacional. Por consiguiente, nadie puede considerarse desposeido en absoluto de capital de inteligencia y de actividad productora; lo que falta á muchos son condiciones favorables para utilizar sus medios y facultades, y derrochan lastimosamente su capital. Otros atesoran riquezas sustraídas á la producción. Los Estados derrochan fuertes sumas con la paz armada para guerras debastadoras, y de tantos y tantos derroches públicos y

privados, resultan numerosas víctimas que viven explotadas y sacrificadas con su exíguo capital empeñado y su respetable personalidad esclavizada, á merced de las grandes empresas explotadoras del poder, de la fuerza y del trabajo.

Contra estas empresas ominosas se dirige principalmente el hermano Tedilma, y para contrarestar su avasallador poderío, convoca á las víctimas que yacen escarnecidas, trabajan sin capital útil para mejorar su ilustración y las condiciones de su mísera existencia, proponiendo la asociación libre del trabajo y del ahorro como fuerza multiplicadora de la producción.

Yo, y creo que todos los espiritistas, nos asociaremos á tan nobles propósitos, pero á condición de no buscar la revancha, de no convertir á los explotados en explotadores por medios violentos y malas artes. Entonces derrocharíamos también ignominiosamente nuestra inteligencia, nuestro capital y nuestro trabajo, con grandísimo detrimento de nuestros prestigios y con la pérdida de los infinitos bienes morales que atesoramos, susceptibles por sí solos de producir la regeneración social á que aspiramos más rápidamente por los procedimientos económicos. Por esta razón creo que debemos utilizar siempre el benéfico influjo de nuestras doctrinas, auxiliando y favoreciendo á todos los que derrochan ó intentan derrochar sus capitales, á fin de inducirles á que apliquen racional y moralmente las fuerzas productoras de todos los bienes humanos.

En una palabra, debemos evitar el derroche de todos los capitales que por ambición, por incuria, por ignorancia ó por opresión se desvían de su cauce natural, se desnaturalizan y no producen sazonados frutos ó producen aberraciones, sufrimientos, lágrimas y miseria.

En este sentido creo justificado el epígrafe antieconómico de este artículo, y no me cansaré de clamar: «Contra los que derrochan su capital.»

TOMÁS SÁNCHEZ ESCRIBANO.

EL DRAMA

EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

Mas súbitamente los firmes cimientos,
Los muros gigantes de horrendo espesor;
Del mundo del hombre los hondos asientos,
Recorre profundo, siniestro temblor.

Temblor convulsivo que crece y aumenta
Y avanza y extiende su acción por doquier;
Fatal calentura que al globo atormenta:
Al globo, viviente y orgánico sér.

Y suenan siniestros rumores y callan

Y empiezan más recios después á sonar,
Y súbitamente cien truenos estallan,
Retumban y cesan volviendo á estallar.

Y aquestos antiguos recónditos ecos
Que duermen un sueño de siglos aquí,
Llenando de sones los cóncavos huecos
Se lanzan los truenos, rugiendo, entre sí.

Y hay férvidas rocas que hierven, se inflaman,
Alumbran y aumentan su gran radiación,
Y, esferas gigantes, sus fuegos derraman
Cual soles en medio la oscura mansión.

Retiemblan ardientes sobre ásperas cumbres
Y á horribles abismos se lanzan de allí
Los globos radiantes de espléndidas lumbres,
Flamígeros rastros dejando tras sí.

Y en medio de sordos rumores y truenos,
En medio de horrenda mortal convulsión,
Por hondas cavernas y cóncavos senos
Rebosa hervoroso metal en fusión.

Y extiende doquiera bullentes sus olas,
Y es rápido ó lento, tranquilo raudal,
Envuelto en los gases de mil fumarolas
E innúmeros focos del fuego central.

Y tiñen de auroras aquestos lugares
Y avanzan veloces con férvido ardor,
Arroyos, torrentes, y ríos y mares
De múltiples tintas, matiz y fulgor.

Y son estas olas de rápidos giros,
Ya verde esmeralda, purpúreo rubí,
Blanquísimas perlas, azules zafiros,
Dorados topacios y oscuros onix.

Y hay llamas—dragones de móviles fuegos
De escamas de chispas pintada la piel,—
Que á muros y cumbres lanzándose ciegos
Los cielos pretenden ganar en tropel.

Y aquéllas abruptas, fragosas murallas,
Envueltas en ámplio sombrío capuz,
Se ostentan ceñidas de tremulas mallas,
Se embozan en mantos de espléndida luz.

En tanto á la alegre magnífica fiesta
Del fuego que reina con mágico horror,
Se junta solemne, terrible y funesta,
La orgía del trueno y el sordo rumor,

Y en tanto sonoros profundos espacios,
Cavernas y grutas y pozos sin fin,
Peñascos que imitan castillos, palacios
Y templos de forma de Alhambra ó Kremlin,

Henchidos de raudos y líquidos sones
Que brotan de huecos de forma ogival;

Que lanzan ca'ados cien mil rosetones,
Retiemblan y cantan uń himno inmortal.

Y el mundo de abismo tan grande y tan hondo
Parece, exhalando su inmensa canción,
Esponja gigante del mar en el fondo
Lanzando por poros las ondas del són.

Oh Dios! qué solemne tremenda armonia
Del órgano inmenso que vibra doquier,
Por tubos y trompas de piedra sombría
Se exhala y extingue, volviendo á nacer!

Aqui hay vibraciones de horrendas campanas,
Clamores, rebatos, presagio fatal; —
Tumultos, asaltos, matanzas lejanas,...
De un pueblo invisible la furia infernal!

Y hay coros guerreros de arcángeles fieles
Que ensalzan los triunfos del fuerte Emmanuel
Hiriendo los corvos sonantes broqueles,
Con rayos—no espadas,—terror de Luzbel.

Y alternan con himnos de misticas almas
Que al Dios de los dioses expresan su afán,
Al par que soñando con bélicas palmas
Repite el infierno: —Satán! oh Satán!—

Mas, cielos! ¿qué es esto que sube invisible.
Que flota, que llena la inmensa región,
Que es *algo* siniestro, supremo, indecible,
Que es viento, y es onda, y es llama, y es són?

Retiembla convulsa la horrenda caverna
Del *algo* infinito sintiendo el poder;
De ese algo que asciende, la bóveda eterna
Llenando de vida fantástica y sér.

Y agítanse al paso los muertos herbarios;
Los fósiles bosques palpitan de horror;
Las mil osamentas, los fieros osarios
Se agitan y chocan con seco fragor.

Y ascienden, y ascienden las sísmicas ondas
Y amagan al mundo del triste mortal;
Y brotan las simas más negras, más hondas,
Fatal *De profundis,* salmodia fatal.

Fatal *De profundis* que al tiempo que avanza
Se vuelve en *Dies irae* que el mundo olvidó;
Y es Dios quien le entona, y es Dios quien le lanza:
¡*Dies irae*, *Dies illa*!... ya la hora sonó!!

¡Arcángeles santos de amor encendidos,
Tended vuestras alas, los hombres guardad;
Si es fuerza que mueran, que mueran dormidos...
Arcángeles santos, clemencia, piedad!!

. . . .

SALVADOR SELLÉS.

EL ESPIRITISMO Y EL PROBLEMA ECONÓMICO

Años hace que nuestro distinguido y querido hermano Miranda aboga por la organización económica de los Espiritistas. Ahora *Tedilma* robustece esa noble y útil campaña con oportunas y enérgicas nuevas consideraciones.

Secundémosle todos. Cuantos progresos, todas las ventajas, las venturas obtenidas por la civilización á través de la Historia humana, se han fundado siempre en un adelanto económico. Una nación, un pueblo, salvajes, se diferencian solamente de otros civilizados en la riqueza que poseen.

Riqueza moral y riqueza material: instrucción y educación, leyes, costumbres; casas, plantíos, máquinas, ropas... todo es riqueza y quizás la menos importante de todas el *oro*, mientras no se le amoneda.

De esas riquezas, de ese ahorro realizado por nuestros padres en ventaja nuestra, todos, *absolutamente todos*, participamos hoy, porque *todos* usamos aguas encauzadas, caminos allanados, conocimientos adquiridos, remedios para nuestras dolencias, hasta el idioma, en fin, que es una de las más generales manifestaciones de la riqueza social.

Por eso yerran, por eso no triunfarán nunca definitivamente las escuelas que se llaman *Socialistas* y gritan contra el capital. El *capital* es una parte de la riqueza social sencillamente: es la parte de riqueza destinada á *facilitar* el trabajo; porque mejor se mata un tigre con una *escopeta* que á pedradas; mejor se cosecha trigo *arando* la tierra que arañándola con las manos. La escopeta, el arado, son los *capitales*, son las *máquinas* que facilitan y mejoran el trabajo del cazador ó del gañán. ¿Cómo ha de consentir la humanidad en destruir los *capitales*? ¿Cómo ha de querer volver al estado salvaje, renunciando á las *máquinas*, desde los ferrocarriles á la espuerta, desde la escopeta al cuchillo, desde el palacio á la camisa, que *máquinas* son al fin todos? ¿Es que se perdonarán algunas? ¿Cuáles ni quién capaz de designarlas?

Y ocurre que el mayor *capital*, es natural y necesariamente mayor y mejor auxiliar del trabajo. A caballo se tardaban diez días en ir de Madrid á Barcelona; en diligencia, se tardaban tres; en tren se tarda uno, sin contar que se va más cómodamente. De aquí que el *progreso*, el *bienestar*, sean crecientes; un obrero que *sabe más* y tiene mejores herramientas, obtiene necesariamente mejores productos útiles y á menos costa, con menores esfuerzo y sufrimiento.

Ahora bien; ¿hay medios de multiplicar en un momento dado la *riqueza* y su hijo el *capital*? Sí; la misma civilización nos ha enseñado dos: el *Crédito* y la *Asociación*.

Por el Crédito se emplea mas veces una misma riqueza; diez martillazos pulverizan más que cinco. Por la Asociación se aunan en igual tendencia muchas fuerzas pequeñas; un puñado de arena no mata un pájaro, una piedra mata un hombre. Sin el Crédito sería imposible el comercio moderno; sin la Asociación no se habrían podido construir los grandes ferrocarriles, los canales, los monumentos que hoy nos dignifican y nos sirven.

Con la circunstancia, además, de que Asociación y Crédito son buenos hermanos; los *asociados* se *acreditan* mutuamente aun sin saberlo; quien abre crédito se *asocia* á su acreditado, aunque no lo pretenda...

¡Asociémonos, pues! Somos, solo en España, *cientos de miles* los Espiritistas; un pequeñito ahorro de cada uno, asociado, sumado al de todos los demás, multiplicado inevitablemente por el Crédito, nos pondría en poco tiempo á la cabeza de los capitalistas españoles. ¡Cuánto bien podría hacer en nuestras manos esa palanca de Arquímedes de las sociedades modernas!

Luego vendrian las ganancias naturales; vendrían asociados nuevos, aun de entre los no Espiritistas, que verían interés en unirsenos. Nueva propaganda nada despreciable, porque el interés es una fuerza enorme.

¡Asociémonos, pues! Yo estaré siempre, en cuanto pueda, al lado de cuantos se asocien para tan altos empeños.

***

Y ni aun ocuparnos de la forma de asociación nos es preciso. La tenemos *hecha* y funcionando en Madrid mismo.

Se llama «La Mutualidad;» nació en el «Fomento de las Artes;» está legalmente autorizada; tiene ya *dinero*, capital propio, y sin gastos apenas tendrá más cada día.

Como indica su nombre, es una cooperativa de consumo y además de crédito mutuo; pertenecemos desde luego á ella varios hermanos; sus Estatutos son obra admirable del sabio catedrático Piernas y Hurtado; los socios actuales, unos cincuenta, recibiríamos gustosísimos á cuantos se nos unieran. ¿Para qué molestarnos en buscar fórmulas nuevas? Esta *ha demostrado ya* que es buena: venid á nosotros. Hemos probado el movimiento del mejor modo posible: *andando*. ¡Andad vosotros también! Es lo que falta.

En el «Fomento de las Artes» os facilitarán los Estatutos. Veréis en ellos que ningún sacrificio os cuesta la asociación, y que, por el contrario, empezáis por ahorrar un *cinco*, un *diez*, en algunos hasta un *veinticinco* por ciento de vuestros gastos. ¡Solamente ese ahorro inmediato que destinárais á capitalizar, sería suficiente para nuestro objeto, mientras que seguíais ganando como socios de «La Mutualidad».

Es decir, en suma: que sin trabajo de ningún género, sin quebranto el más pequeño, sin molestia siquiera, os ofrezco *realizada* la dignísima aspiración de *Tedilma*. Si no la aceptáis... de seguro *merecéis no aceptarla*.

¡Ah! No dirá *Tedilma* que no le secunda eficazmente, honrándose mucho en ello,

HUELBES TEMPRADO.

Julio, 1893.

ESPERANZA (1)

I

Es la tierra el escenario;
el actor, la humanidad;
época, la eternidad
tras un espeso sudario.
Al fondo se ve un calvario,
y en el calvario un sendero;
á distancias, un madero
trabado en forma de cruz;
luego, una espléndida luz
que brilla como un lucero.

Al levantarse el telón,
van ganando la pendiente
los pueblos que, heróicamente,
buscan su emancipación.
Para lograr su ascensión,
los caminantes, aislados,
cien veces ensangrentados
al trazarse su camino,
reniegan de su destino,
por la fatiga estenuados.

Muchos pagan con la vida
desgarrados por las breñas;
se asen otros á las peñas,
de un barranco á la subida;
y en vez de encontrar salida,
hallan nuevos embarazos
que oprimen con férreos lazos

(1) Del poema recientemente publicado, «Revelación».

las alas de su heroismo,
lanzándolos al abismo
á que ruedan en pedazos.

Logran rendidos llegar
hasta una cruz los más fuertes;
á ella se abrazan inertes
esperando descansar.
Otra vez á caminar
se disponen los humanos;
mas contemplándose hermanos
en el común sufrimiento,
á impulsos del sentimiento
se tienden al fin las manos.

Con sus brazos poderosos
en inflexible cadena;
con la fe que su alma llena
y sus pechos valerosos,
no hay cuestas, riscos ni fosos
que no allane su pujanza,
pues sirvióles de enseñanza
un pasado crüento y duro,
y van con paso seguro
á realizar su esperanza.

Una cruz tras otra cruz
dejan atrás en la cuesta.
Sobre la montaña enhiesta
más resplandece la luz.
La noche con su capuz
huye veloz á Occidente;
y se esparce sonriente
con esplendida harmonía,
el alba de un nuevo día
soñado por el creyente.

II

Resuena el himno triunfal
que alzan alados cantores;
comienzan los labradores
su trabajo matinal.
Con estruendo colosal
ruge el vapor comprimido;
bosteza, lanza un silbido
y cien máquinas trabajan.
Del monte á los prados bajan
del rebaño los balidos.

Con rápido movimiento
marcha un tren por la llanura.
Un globo cruza la altura
azotado por el viento.
El humano pensamiento
por el telégrafo vuela.
Auras empujan la vela
de una gabarra mercante,
y el buque, ciudad flotante,
surca el mar con blanca estela.

Aparece una ciudad
al fondo del escenario:
allí es la escuela un santuario
consagrado á la verdad.
Ambiente de libertad
se respira en los hogares;
y son guardas tutelares
de aquella dichosa grey,
la caridad, como ley,
y los libros, como altares.

Habita en la población
el hombre, sin distinciones
de razas ni religiones,
de sectas, ni de opinión.
Labrando su perfección,
firme en el progreso avanza;
y con la dulce confianza
de un porvenir venturoso,
marcha tranquilo y dichoso
á realizar su esperanza.

De nuevas aspiraciones
de progreso, siempre en pos,
cuanto más se acerque á Dios,
colmando á sus ambiciones,
forjará más ilusiones
hijas de un constante anhelo;
y al desprenderse del suelo
dejando atrás una cruz,
inmenso afán de más luz
le hará remontar su vuelo.

MARTÍN CHICO.

LA MEDIUMNIDAD AL VASO DE AGUA

Comunicaciones dadas por este medio á la medium Antoinette Bourdin.

LAS FLORES DEL PENSAMIENTO Y LOS FRUTOS DE UN MUNDO SUPERIOR

(Conclusion.)

Aquel lugar era el centro de infinitos hilos fluídicos, que partiendo de allí se extendían en todas direcciones, y cuyos extremos iban á parar á otros planetas. Alguno de estos hilos descendía hacia la tierra, otros se elevaban hasta mundos aun más superiores que aquel. Dichos hilos tenían la forma de tubos por los cuales pasaban los fluídos, y semejaban á la vena arteria por la cual todas las fibras reciben la sangre que es la vida del cuerpo. Uno de los Espíritus que nos acompañaba, se acercó al que podremos llamar aparato telefluídico, y por el solo efecto de su voluntad, expresada mentalmente y sin tener necesidad ni aun de tocarle, puso en comunicación uno de los hilos (que vi extremecerse en aquel instante), con un mundo superior al en que nos encontramos, é invitó á sus moradores á pasar un momento á nuestro lado. Inmediatamente los buenos Espíritus á quienes había sido hecha semejante súplica, contestaron aceptando la invitación; prepararon con premura una pequeña embarcación (que no era otra cosa que una nubecilla fluídica de tinte sonrosado, especie de vehículo de esos mundos etéreos), y sobre ella los vi llegar hasta nosotros. La faz de aquellos Espíritus era luminosa, como si un sol la alumbrara interiormente, y trasparente como si su envoltura carnal fuera de cristal. Sus cabellos eran rubios y caían ondulantes sobre su espalda y pecho; vestían una túnica larga blanca ceñida á la cintura; llevaban los piés descalzos y no se servían de ellos para andar, pues en vez de eso se deslizaban suavemente por la atmósfera, á un metro poco menos del suelo. Su aspecto era seráfico, dulcísima su mirada y de una atracción irresistiblemente simpática. Manifestaron gran alegría por la invitación de que habían sido objeto, y aun fué mayor su gozo al saber que se les había convidado para asistir á un banquete espiritual. Dejamos, pues, la colina-observatorio y descendimos á la llanura por una senda que había á la derecha y que conducía, según dijeron, al lugar elegido para el festín. En efecto, á medida que avanzábamos por aquel camino iba yo viendo, á su terminación, los preparativos de la comida. Esta solo la componían flores y frutos, pero unos frutos que en nada absolutamente se asemejaban á los de la tierra. No había ni mesa ni asientos, aquellas flores y frutos formando un ramo adornando una piña ocupaban el centro del círculo, que todos los Espíritus formó á su alrededor. Luego elevaron á Dios una plegaria tan sencilla como tierna, que todos dijeron cruzando los brazos sobre el pecho, inclinando la rodilla y elevando al cielo los ojos, de los que parecían salir rayos luminosos que iban á perderse en el eter, unidos con las palabras de la oración en busca del Todopoderoso.

Hasta este momento no noté yo mi inferioridad; parecía una mendiga cubierta de andrajos en medio de una sociedad de gran tono preparada y ataviada para recepción solemne. Tal fué la vergüenza que se apoderó de mí, que me retiré del círculo; pero tan luego como los Espíritus lo notaron, vinieron á buscarme al rincón donde me había refugiado, y colmándome de atenciones y caricias me hicieron volver á ocupar sitio á su lado.

Empezó la comida: cada Espíritu cogió una fruta, uno de ellos me entregó la mía y, con gran asombro, vi que al cojerla aparecieron escritas sobre su corteza estas palabras fluídicas: «Fruta de la humanidad.» La abrí y contenía un mundo en miniatura, el cual

representaba fielmente nuestro planeta la tierra. Sobre su faja ecuatorial se leían estas frases: «El que tuviera su Espíritu lleno de orgullo aquí encontrará ocasiones para volverle humilde. Bienaventurados los que se vean aquí humillados, avasallados por las desdichas y las pruebas, pues ellos encontrarán á su muerte el medio de llegar un paso más cerca de Dios.» Esta preciosa máxima desapareció de la fruta que yo tenía en la mano, y pasó á grabarse en mi alma; la fruta, que representaba la tierra, se convirtió en impalpable humo.

Entregáronme una segunda fruta sobre la cual leí: «Fruta de la Caridad.» La abri y estaba compuesta interiormente de hojas, como un libro, blancas cual si fueran de papel, pero de una sustancia más ténue, más fina que éste. Dichas hojas contenían una escritura fluídica que decía así: «Aquellos que empleen sobre la tierra todas sus facultades, todos sus sentidos y potencias en practicar la caridad, ya sea material ó sea espiritualmente, irán á habitar después de su muerte á un mundo donde todo es amor mutuo y mutua simpatía En ese mundo no existe la maldad, ni se conoce la miseria, ni los crímenes; en cambio sus moradores emplean una actividad inusitada en hacer adelantar sus almas; lo cual consiguen dando á conocer á los Espíritus malos, ó extraviados, el camino del bien; buscando con afán á aquellos infelices torturados por el remordimiento y la desesperación, é infundiendo en ellos la más sublime de las panaceas para sus dolores, ¡la esperanza! Si quieres habitar ese mundo que la caridad te ofrece baja á la tierra, ó á mundos más inferiores que ésta, propaga la única religión verdadera, que se encierra en esta sola máxima: «A Dios por el amor, la caridad y la ciencia;» y cumplida tu misión, hallarás un sitio en esa morada de los bienaventurados, donde, olvidando cuanto sufriste como misionero, recobrarás nuevas fuerzas para comunicarlas á tus hermanos.» Esta preciosa lección fué también á servir de alimento á mi espíritu, pues solo con ese objeto se encerraba en la segunda fruta que me dieron y que, como la primera, se deshizo en humo.

Aun me fué entregada otra tercer fruta, que era la del «Sacrificio» En su interior, una como perla negra del tamaño de un huevo, que estaba cubierta por la siguiente inscripción fluídica: «Este es el mejor y más seguro medio para conseguir el adelantamiento de tu espíritu. Elige en la tierra, ó en otro mundo inferior, á un hermano tuyo en el cual se haya cebado y siga cebándose la desgracia; únete á él lo más estrechamente que puedas por los lazos de familia ó de amistad, protégele si está desvalido, cúrale y asístele si se halla enfermo; no dejes en toda ocasión de prodigarle tiernos consuelos y asíduos cuidados, aunque te los pague con la más negra ingratitud, con ódio quizás. Aunque cada servicio que le prestes, cada desvelo que por él te tomes te cueste amargos sufrimientos físicos y morales, aguanta pacientemente con la sonrisa de la mansedumbre siempre en los lábios, todas sus impertinencias, sus orgullos, sus rencores, sus golpes, en fin, y tendrás dos recompensas mayores que tu sacrificio, por grande que este sea y te parezca: la primera en la tierra (ó en el planeta inferior donde lo hayas apurado), y la segunda en el mundo de los espíritus. La primera consistirá en el goce inefable de haber hecho un bien, y de ver que por tu sacrificio aquella alma ha avanzado un paso en su marcha hacia Dios. La segunda, el haber tú ganado un lugar mucho más cercano al Supremo Hacedor, y disfrutar de las dichas inmensas que guarda para todos, mucho antes de lo que las hubieras logrado sin sacrificarte.» Este sapientísimo consejo fué asimismo á incrustrarse en mi Espíritu, «en tanto» que la fruta tercera, de que lo obtuve, se evaporó como las dos anteriores.

Esos son los manjares con que se nutren los Espíritus superiores. Máximas sagradas, consejos morales ó científicos, el recuerdo de las buenas obras practicadas en provecho de sus semejantes y por el progreso propio, la dicha de gozar una paz inalterable y santa, la esperanza de acercarse cada vez más á la perfección, pues cuanto más progresan más claras se ven las grandezas de Dios, en la creación, y su inteligencia descubre y comprende nuevos y mayores misterios; tales son los alimentos que sostienen

á los Espíritus superiores, y que me dieron á probar por singular favor.

El momento de inmensa dicha de que yo estaba gozando en aquel planeta debía tener un fin, y así me lo manifestó mi Espíritu protector avisándome ¡ay de mi! de que era preciso descender á la tierra (¡!). La misma nubecilla que nos trajo á aquel planeta de dicha nos esperaba... Deciros la profundísima tristeza que se apoderó de mí en el instante de la partida, sería cosa imposible. Solo es comparable con la que experimenta el enfermo al ver alejarse el día y llegar la tenebrosa noche, aumentando su melancolía y sus dolores...

Muchos Espíritus vinieron á acompañarnos hasta donde debíamos embarcarnos; la despedida fué ternísima, llena de promesas por parte de aquel os Espíritus superiores, á quienes, con las lágrimas en los ojos, rogaba yo que no dejaran de asistirme, aconsejarme y guiarme mientras durara mi peregrinación por el mundo, á fin de alcanzarme un puesto á su lado el día feliz de mi desencarnación. Luego Goethe y yo ocupamos la nubecilla, que empezó á descender; hasta que mis ojos perdieron de vista aquel hermoso planeta en que tanto había gozado y aprendido, no los aparté de él para fijarlos en nuestra pobre tierra, que ví dibujarse poco á poco allá abajo como en el fondo de un abismo; ya distinguí sus mares envueltos en nebulosos vapores; luego sus montañas, sus bosques, sus ciudades; por fin, sus habitantes, parecidos á inmenso ejército de negras hormigas, que se agitaban sin cesar en aquel pequeño punto de la creación, trabajando por lograr su adelantamiento hasta el grado suficiente para lograr por siempre gozar de cuanto yo acababa de gozar un instante en aquel mundo superior, y alimentar su espíritu con los ricos frutos de la Patria del Padre, y

El cuadro desapareció.

Por la traducción,
BERNARDO ALARCON.

CRÓNICA

Hoy aparece el poema del Sr. Sellés, con el título «El drama en las entrañas de la tierra», que definitivamente ha de llevar. En el número anterior se deslizó una errata importante, pues donde decía *cuerpo raudal* debe leerse crespo raudal.

Por exceso de original importante, suprimimos los sueltos que restan de esta sección.

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á las Delegaciones y á los socios libres de la Fraternidad Universal que no han satisfecho aún sus cotizaciones, así como también á los suscriptores que no han abonado la suscripción correspondiente al corriente año, se sirvan cubrir estas atenciones para poder atender nosotros á las nuestras, porque con este descuido se nos hace difícil la realización de nuestras aspiraciones.
